

5.4.09.- M.B. Umutesi: Testigo del "otro genocidio".

El genocidio ruandés sigue suscitando escalofríos por la magnitud y amplitud de los crímenes cometidos en pocas semanas. Menos conocido es el que podríamos llamar el "otro genocidio", el cometido contra los refugiados hutus en el este del entonces Zaire. La refugiada ruandesa Marie-Béatrice Umutesi nos cuenta su propio calvario. Estuvo en Madrid el pasado 23 de junio para presentar su libro Huir o morir en el Zaire.



A veces, Marie-Béatrice Umutesi, cuando escucha las preguntas de los periodistas, no puede evitar sentir una punzada aguda de dolor y cerrar los ojos, contrayendo su cara en un gesto de insondable dolor. Esta socióloga ruandesa, hutu de 43 años, lleva sobre sus espaldas una pesada carga que le acompañará toda su vida. Y es que Marie-Béatrice Umutesi es protagonista (como víctima) y testigo "privilegiado" (como autora del libro) del "otro genocidio" ruandés, del que se habla mucho menos que del genocidio de 1994. Dos años después de aquellas matanzas, las tropas del Ejército Patriótico Ruandés (brazo armado del Frente Patriótico Ruandés -FPR-, organización mayoritariamente tutsi que tomó el poder en Ruanda en el verano de 1994) invadieron el entonces Zaire. Su objetivo era doble: apoyar a las tropas de la Asociación de las Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo-Zaire (AFDL), de Laurent-Desiré Kabila, en su conquista del poder y acabar con los campos de refugiados ruandeses instalados en las cercanías de las fronteras de Ruanda, Burundi y Uganda. Se estima que más de 200.000 refugiados hutu murieron

durante la destrucción de los campos y en su huida alucinante de más de 2.000 kilómetros cruzando todo Congo. Ésa es la experiencia que cuenta Umutesi (que ahora trabaja en proyectos de promoción rural en Camerún) en su libro y en sus comparecencias públicas.

-¿Qué razones le han empujado a escribir este libro?

-En primer lugar, era para mí un deber dar testimonio de lo vivido. Para contribuir a que la comunidad internacional no olvide por segunda vez a mis amigos, a mis compañeros de trabajo y a mis niños muertos cuando atravesábamos el antiguo Zaire, y que algún día los responsables de estos crímenes sean capturados y juzgados. En segundo lugar, quería que el mayor número posible de personas conozca lo que ha sucedido y está sucediendo todavía en la región de los Grandes Lagos, para que nadie pueda decir que no hizo nada porque no sabía nada. La tercera razón es personal. El hecho de escribir este libro ha sido para mí una especie de terapia. Al abandonar el bosque, después de caminar a pie dos mil kilómetros me sentía frustrada y llena de cólera. De cólera contra el Frente Patriótico Ruandés, que nos hacía vivir aquel calvario, pero también contra la comunidad internacional, que asistía indiferente a nuestra muerte sin mover un dedo, a pesar de disponer de todos los medios para evitarla.

-Existen documentos internacionales que demuestran que se sabía que se preparaban las matanzas de 1994 y que podrían haberse impedido.

-Había gente que pensaba que si Habyarimana desaparecía no sería la primera vez que un presidente era asesinado y que ese hecho no tenía por qué conducir a matanzas generalizadas. Incluso había quien pensaba que, aunque hubiese muertes, lo importante era que Habyarimana desapareciese de la escena política. Estas ideas estaban muy presentes entre el cuerpo diplomático. Para muchos de los representantes internacionales en Ruanda, la prevención de las matanzas no era una prioridad. La prioridad era la desaparición de Habyarimana.



Un anciano hutu ruandés sale del campo d erefugiados de Mugunba, cerca de Goma, a finales de octubre de 1996.

-A Paul Kagame se le ha responsabilizado en diversas ocasiones, la última por el periodista camerunés Charles Onana, del asesinato de los presidentes de Ruanda y Burundi en 1994. ¿Qué piensa usted?

-Estoy convencida de que Paul Kagame y el FPR son responsables del asesinato de Habyarimana. Son los únicos que tenían interés en que fuera asesinado, porque los acuerdos de Arusha (entre rebeldes y Gobierno) preveían que Habyarimana continuara siendo presidente durante el periodo de la transición. Conociendo Ruanda, las elecciones tras la transición hubieran alzado a Habyarimana nuevamente al poder, y toda la lucha del FPR habría sido inútil. Además, el FPR sabía que matando a Habyarimana habría matanzas de tutsi en el interior del país y que podría utilizar esas matanzas para justificar el uso de la violencia para tomar el poder y transformarse en el salvador de un pueblo ruandés al borde del caos.

Para muchos de los representantes internacionales en Ruanda, la prevención de las matanzas no era una prioridad. La prioridad era la desaparición de Habyarimana.

Estoy convencida de que Paul Kagame y el FPR son responsables del asesinato de Habyarimana

El campo de Inera, en donde yo estuve dos años, estaba administrado por un sacerdote español. No creo que fuera un extremista hutu.

-La actitud del Alto Comisionado de la Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), que presionó mucho a favor de la vuelta a Ruanda de los refugiados de los campos congoleños, fue muy polémica. Por otra parte, los ruandeses atacaron los campos, alegando que estaban dominados por la presencia de extremistas hutus interahamwe. ¿Es esto cierto?

-El campo de Inera, donde yo estuve dos años, estaba administrado por el padre Carlos Olivera, un sacerdote español, y las decisiones eran tomadas por él. No creo que este padre pueda considerarse un extremista hutu. Mi convicción personal es que estas acusaciones eran una campaña de desinformación para preparar a la opinión internacional para la destrucción de los campos y evitar la conmoción de la comunidad internacional.

Por otra parte, en los campos de refugiados de Zaire, la primera preocupación del ACNUR era hacernos volver lo más rápidamente posible a Ruanda, cualquiera que fueran las condiciones de seguridad a la vuelta. El ACNUR puso en práctica diversas medidas de presión para obligarnos a regresar. Por ejemplo, reducciones sustanciosas de las raciones de alimentos, prohibición de poner en marcha escuelas. Si los soldados congoleños encargados de nuestra seguridad descubrían algún profesor dando clase en los sheeting (los típicos refugios de plástico

azul del ACNUR), era acusado de intimidación y enviado a Kinshasa.

Pero la actitud del ACNUR no fue negativa sólo en los campos. Tras la destrucción de éstos, después de cruzar casi todo Zaire, cuando estábamos tan sólo a 130 kilómetros de CongoBrazzaville, vivíamos en los poblados con la gente, porque Mbandaka había sido tomada por las tropas de Kabila y no podíamos acceder a Congo-Brazzaville. El ACNUR había comenzado un programa de repatriación y, para poder enviarnos de vuelta a Ruanda, como su personal no podía acceder a donde estábamos, pagaba 10 dólares por cada refugiado que se les entregase. Y 10 dólares, en esa región, es una cantidad enorme de dinero. Ello provocó la aparición de grupos de cazarrecompensas. A veces, los propios congoleños que nos acogían, que nunca nos entregaron, nos pedían que nos fuéramos para evitar el acoso de estos grupos, que amenazaban a las familias que acogían refugiados y les aseguraban que, si les daban cobijo, cuando llegasen las tropas de Kabila, iban a ser asesinados junto con los refugiados.



Un refugiado hutu en el campo del ACNUR en el este de la actual República Democrática de Congo.

-Los campos de refugiados estaban instalados junto a la frontera con Ruanda. ¿No resulta un tanto extraño? ¿No les exponía demasiado a una posible acción desde Ruanda?

-La reglamentación internacional dice que los campos de refugiados no deben estar en la frontera con el país de origen. Pero no se hizo ningún esfuerzo por desplazarlos más al interior, pese al doble riesgo que eso suponía. Por un lado, los ruandeses podían atacar. Por otro, los supuestos interahamwe podían atacar Ruanda. El FPR bombardeaba los campos todos los días y, a pesar de ello, nadie hizo nada para alejarnos de la frontera. Es cierto que, al principio, había armas en los campos. Pero luego disminuyeron mucho. El Gobierno de Zaire requisó muchas, y la pobreza obligó a muchos a venderlas a cambio de dinero o de comida. La amenaza de ataques a Ruanda desde los campos era falsa. Se utilizó para justificar los ataques contra los campos y la entrada del FPR en el entonces Zaire. La prueba es que nosotros no estamos ya allí y sin embargo el FPR está todavía allí.

-Hay documentos que aseguran que los americanos colaboraron en la masacre con aviones espías, que sirvieron para mostrar a las tropas ruandesas y de Kabila dónde se hallaban los refugiados.

-Nosotros veíamos los aviones, eran pequeños aviones que nos sobrevolaban. Pensábamos que eran para traernos ayuda humanitaria, pero ésta no llegaba. Por otro lado, cuando escuchábamos la radio, decían que ya no había refugiados en la selva. Nos extrañábamos, porque pasaban aquellos aviones, y sabíamos que ellos nos estaban viendo, y que sabían que existían refugiados. Después, cuando salimos de la selva, supimos que se trataba de aviones espías.

- ¿Se puede justificar la actual presencia de Ruanda en la República Democrática de Congo como una defensa frente al peligro de incursiones de los interahamwe desde este país?

-No. Esa justificación podría valer antes de 1996, pero ahora no. Además, no se puede ir hasta Kisangani o hasta Kasai para perseguir a los interahamwe. Estargumento es sólo una justificación que no puede esconder las verdaderas razones de la presencia armada del FPR en Congo, que son económicas. El FPR es utilizado por los intereses americanos e internacionales para desestabilizar Congo y mantener el pillaje de las

grandes riquezas del país.

-¿Es posible la reconciliación en Ruanda?

-Sí. Pienso que los ruandeses, hutu y tutsi, pueden reconciliarse. Hay signos de ello en Ruanda. Los matrimonios y las amistades entre los miembros de las dos etnias continúan. Lo único que puede impedir la reconciliación es la utilización de la pertenencia étnica para mantenerse o luchar por el poder. Algo que está haciendo el actual Gobierno de Kigali.

-¿Qué valoración le merecen los tribunales populares gacaca y el Tribunal internacional de Arusha?

-Los gacaca (tribunales populares) son una parodia de la justicia. Yo no creo en ellos, porque no se puede pedir a un campesino que no sabe leer ni escribir, que no conoce nada de Derecho, que juzgue cuestiones tan complejas como crímenes de genocidio. Es imposible. Por otra parte, a mi modo de ver, el tribunal de Arusha es la forma que ha encontrado la comunidad internacional de disculparse, de justificarse, porque ella no hizo nada para parar el genocidio. Pero se trata de un tribunal que sólo juzga los crímenes contra la humanidad cometidos por los hutu y no los cometidos por el FPR, que también existieron.

-¿Qué valoración le merece la reunión del Diálogo Intercongoleso en Sun City (Suráfrica) y el acuerdo conseguido allí entre el Gobierno y los rebeldes del Movimiento de Liberación Congoleño (MLC), de Jean-Pierre Bemba, y la Reagrupación Congoleña para la Democracia-Movimiento de Liberación (RCD-ML), de Mbusa Nyamwisi?

-Los acuerdos firmados allí me recuerdan a los de Arusha. Si los acuerdos no tienen el apoyo de los que dirigen la guerra, no conducen a nada. Ruanda no ha firmado los acuerdos, y la comunidad internacional no hace nada para llevar la paz a Congo. Todo el mundo sabe que la guerra congoleña es una guerra de agresión, en la que Ruanda y Uganda han atacado Congo, y la comunidad internacional no ha sancionado a estos países. No creo en la solidez de esos acuerdos.

Los ruandeses, hutu y tutsi, pueden reconciliarse. Lo único que puede impedirlo es la utilización de la pertenencia étnica para mantenerse o luchar.

-¿Cuál ha sido el papel jugado por la iglesia antes, durante y después del genocidio?

-La Iglesia congoleña siempre estuvo a favor de los refugiados. Los arzobispos de Bukavu, Mons. Munzehirwa y Mons. Kataliko, tuvieron un compromiso claro por la justicia y ésa fue la razón por la que fueron asesinados. En el caso de Munzehirwa, sin duda alguna, y en el de Kataliko, más que probable. La posición de la Iglesia de Ruanda... no voy a hablar de ella. Lo único que quiero decir es que yo no comparto la idea de algunos medios internacionales que dicen que la iglesia católica favoreció el genocidio en Ruanda. Lo que pasó es que ni la iglesia ruandesa, ni la sociedad civil ni las ONGs supimos distanciarnos suficientemente de las posiciones políticas y denunciar a tiempo la guerra, los enfrentamientos entre los diferentes partidos políticos, la violencia que reinaba desde 1990. Cuando se quisieron tomar iniciativas en ese sentido era demasiado tarde. Hay quien dice que se mató a muchas personas en el interior de las iglesias y acusan a los sacerdotes de no haber impedido las matanzas. Eso es porque no vivían en Ruanda en 1994. Nadie era capaz de parar aquellas matanzas. Ante cien milicianos armados, un solo sacerdote no podía hacer nada.

Actualmente, la actitud de la iglesia católica en Ruanda no es como la de la Iglesia de América Latina, que es una Iglesia que se ha pronunciado a favor del pueblo. Es menos comprometida, prefiere vivir en el buen entendimiento, llegando a compromisos con el poder. Y las denuncias que hace no son nunca claras y fuertes.

(Julio-agosto 2002. Enrique Bayo y J.I. Cortés. Mundo Negro).

